
Capítulo CXXX.

Donde se vé el triste fin que tuvo Rebolledo, especie de Tenorio de aquella época.

Habia en Méjico un capitán muy jugador, muy pendenciero y muy aficionado á las hijas de Eva.

Dotado de arrogante figura, de expresivos ojos, de graciosa verbosidad, no hay para qué decir si tendria gran partido entre las damas.

Ha dicho un autor célebre, y en la práctica lo vemos confirmado, que el bello sexo se apasiona por lo general de los hombres que ménos lo merecen.

Prefiere, en efecto, al que es audaz y tiene una conversacion amena, chispeante, salpimentada de chistes, aunque sean subidos de color, sobre el que ame verdaderamente, pero que es tímido, reservado; en una palabra, que les divierte.

Pero no hay que negar que las mujeres que rinden el homenaje debido á esa pasion sublime que subyuga al corazon, no suele fijarse en esos piratas del amor, que este nombre merecen los que persiguen á cuantas bellas encuentran en su camino.

El capitán á que nos referimos, que se llamaba don Antonio Rebolledo de Lara, empezó á tender sus redes á la mujer de Hernan Cortés.

Esta, que no era vulgar, despreció sus galanteorías, porque no podia alagarle ser juguete del hombre despiadado que habia sacrificado tantas víctimas.

Además, que conociendo como conocemos su situacion, en el caso de faltar á sus deberes hubiera dado rienda suelta á la pasion que le inspiraba Luciano, en quien hallaba títulos suficientes para ser idolatrado.

Rebolledo, que estaba acostumbrado á entrar á saco en tantos corazones:

—¡Bah!—se dijo, obedeciendo á la vanidad que le habia dado la fama de sus aventuras amorosas.— Esto será cuestion de tiempo. Otras más experimentadas que esa niña no han resistido á mis seducciones. Además, que quién sabe si su indiferencia será fingida. Tal vez tema á su marido. Porque la verdad es que la diferencia que hay entre ambos es una circunstancia muy favorable para esperar ser correspondido algun dia; no cabe paridad de pensamientos ni de ideas entre Hernan Cortés, que está ya en el invierno de la vida, y doña Juana, que se encuentra en toda la lozania de la primavera.

Con dinero ganó la voluntad de las camaristas de doña Juana, y una de ellas puso un día una carta en el tocador de su ama.

Esta que en lo perfumado del billete adivinó que sería alguna declaración de amor del insensato capitán, para darle una lección que le quitase toda esperanza, se la devolvió sin abrir por el mismo conducto que la había recibido, bajo otro sobre.

La camarera, ébria de alegría por ser portadora de aquella carta, que ella creía había de causar agradable emoción á Rebolledo:

—Me parece—le dijo al entregársela,—que la fortuna empieza á sonreiros.

—No me extrañaría;—contestó con la petulancia que le distinguía.

La abrió, y arrojando llamas por los ojos:

—Pero ¿qué veo?—añadió.—¡Esa tontuela me desprecia! ¡Ya lo veis, me devuelve mi carta! ¡Oh! Yo le juro que he de espiarla, y que si sorprendo en ella la menor inclinación sobre otro hombre, si llego á saber que tengo un rival, he de beber su sangre y vengarme después de esa ingrata poniendo en conocimiento de su marido su deslealtad.

La camarera se retiró desconsolada, porque vió que tenía que renunciar al regalo que le había prometido el capitán el día en que su ama le contestase favorablemente.

Cuando llegó á palacio, le dijo doña Juana con acento severo:

—No necesito para nada de vuestros servicios;

en otra casa en que haya mujeres poco celosas del cumplimiento de sus deberes, podreis ser de gran utilidad; pero aquí ya veis que no tendrán jamás aplicación vuestro ingenio, vuestra travesura.

No desesperó aun el capitán.

Propuso á otra de las camaristas que hiciese llegar á manos de su ama otra carta; pero la compañera de la que había sido despedida no se atrevió á dar este paso.

Cuantos esfuerzos hizo Rebolledo para animarla á servirle de intermediaria, fueron inútiles.

Convencido de ello, le hizo otra proposición.

—Sin comprometeros,—le dijo,—podeis serme útil.

—Decid cómo.

—Observando á vuestra ama y avisándome si sorprendéis en ella algo que indique que, si no ha correspondido á mi cariño, es por que algún otro se ha anticipado á mis deseos y ha logrado interesarla.

—Eso ya es otra cosa, y sereis complacido.

Como se vé, Rebolledo era uno de esos hombres miserable, que al dirigirse una mujer, si no consiguen interesarla en su favor, se convierten en su más implacable enemigo y cometen las mayores venganzas para calmar su despecho.

Cortés tuvo noticia de un nuevo atentado de uno de sus capitanes.

Abusando de los poderes que le habían conferido al darle el mando de una provincia, con el objeto de enriquecerse en poco tiempo, exigió por autoridad

propia ominosos tributos á sus habitantes, y esta arbitraria medida empezó á traducirse por un disgusto general, que fué tomando alarmantes proporciones.

Con objeto de castigar al culpable y de calmar los ánimos, se dirigió á la provincia en que tenian lugar aquellos sucesos.

Conferenció antes con Luciano, y al emprender su expedicion le dijo:

—No os separeis un instante de mi palacio, y cuidad especialmente de que nada falte á mi esposa.

Rebolledo se quedó tambien en Méjico, so pretexto de defender el palacio de cualquier agresion.

Luciano recibió gran alegría al ver que él era el elegido por el caudillo para velar por su esposa.

Esta circunstancia le ponía en condiciones de acercarse al objeto de su amor.

La reflexion, sin embargo, le hizo conocer lo peligrosa que seria esta prueba, y se propuso encerrarse en la más glacial indiferencia.

Pero el hombre propone y la mujer dispone.

Doña Juana, apenas se puso en marcha su marido, llamó á Luciano, y la conversacion que sostuvieron versó, como es de presumir, sobre el asunto que embargaba el corazon de los interlocutores.

Luciano empezaba á sentir que el caudillo le hubiera confiado el encargo que le hizo salir en busca de los rebeldes, porque notaba que el sacrificio que tenia que hacer para no ser ingrato era superior á sus fuerzas.

Le dirigia unas miradas tan lánguidas doña Jua-

na, le escuchaba con tal arrobamiento, expresaba ante él conceptos tan poéticos sobre el amor, que el jóven se enloquecía, y al reprimir la pasion, que momentáneamente iba tomando mayores proporciones en su alma, sentía lo que no es decible.

Afectando tener que desempeñar un encargo del caudillo, se separó de su interlocutora.

Si hubiera permanecido un momento más á su lado, hubiera caido á sus piés, y dado al traste con sus propósitos de respeto y cariño hácia su ilustre jefe.

No se ocultó á doña Juana el sacrificio que en aquellos instantes hacia su adorador, y esto acabó de convencerla de lo digno que era de su cariño.

El resto del dia le pasó luchando entre la pasion y el deber.

Por la noche, sin embargo, mandó á llamar de nuevo á Luciano.

Pretexataba necesitarle para que enviase á su esposa una carta confidencial, y le rogaba se presentase á las siete en punto, en la seguridad de que la entrevista sólo duraria algunos minutos.

La camarera que habia convenido con don Antonio Rebolledo de Lara en avisarle de cualquier suceso que implicase la menor deferencia hácia alguno por parte de su ama, cumplió su palabra.

El capitán reunió algunos soldados y los puso de centinela junto á la habitacion que ocupaba Luciano, con el objeto de que impidiesen al jóven penetrar en la de doña Juana.

La camarista le había dicho que la entrevista iba á tener lugar á oscuras, y el capitán vió en esto la posibilidad de reemplazar á Luciano.

Poco antes de las siete penetró, en efecto, en la estancia en donde aguardaba doña Juana, y sin perder tiempo en preámbulos la estrechó dulcemente entre sus brazos.

Ella comprendió que el que se propasaba de aquella manera no podía ser Luciano, que siempre la había respetado, y lanzó un grito.

Luciano se presentó oportunamente en aquel momento.

De otra manera hubiera corrido grave riesgo doña Juana.

Pero ¿cómo es posible, se preguntarán nuestros lectores, que el joven secretario hubiese burlado la vigilancia de los soldados que custodiaban la puerta de su habitación?

De un modo muy sencillo.

El pabellón que habitaba el joven tenía otra puerta que comunicaba con las habitaciones de Hernán Cortés. Por ella entraba y salía el caudillo cuando á las altas horas de la noche quería despachar algún asunto sin que nadie se apercibiese de ello.

Luciano, como decíamos, se presentó á los gritos de doña Juana.

Rebolledo dió un silbido.

Era la señal convenida para que acudiesen los soldados en caso necesario.

—Prended á ese hombre,—exclamó,—porque pre-

tendia seducir á la esposa de nuestro ilustre caudillo.

—Es falso,—contestó doña Juana,—ese joven es inocente, y el que se atreva á ofenderle en lo más mínimo, en cuanto regrese mi esposo haré que le castigue severamente.

Los soldados vacilaron.

—Prended á ese hombre, repito, que en caso de que haya responsabilidad en este acto, no habeis de ser vosotros seguramente los que arrostreis sus consecuencias.

Los soldados obedecieron, porque el deber del soldado es acatar siempre las órdenes de su superior, sin que le sea permitido analizar si son dictadas por la razón ó la injusticia.

Luciano, pues, fué conducido á un oscuro calabozo, á pesar de las súplicas y las amenazas de doña Juana.

Rebolledo, para asegurar el éxito de su plan, que no era otro que el de presentar al joven secretario como protagonista de la intriga de que él era el único autor, repartió vino entre la soldadesca, indicando á cada cual lo que había de decir para dar fuerza á su acusación el día en que Hernán Cortés les llamase á declarar sobre los sucesos que habían ocurrido en el palacio durante su ausencia.

En el tiempo que pasó Luciano en su prisión, reflexionó sobre la gravedad de las consecuencias que podrían sobrevenir por la infamia de Rebollo.

—Es cierto,—se decía,—que al despedirme del caudillo me encargó muy especialmente que atendie-

se á cuanto me ordenare su esposa. Pero es indudable que renacerán sospechas en su corazón cuando le digan que iba á penetrar á oscuras en su habitación. Es preciso evitar, aunque sea á costa de mi vida, que suponga la menor complicidad en su esposa.

Hernan Cortés regresó de su viaje.

El capitán rebelde se sometió á su autoridad; el caudillo le relevó inmediatamente de su cargo, y con esta medida restableció la tranquilidad.

Honda sensacion habia de producirle necesariamente la relacion que le hiciera el libertino y mal caballero don Antonio Rebolledo de Lara.

Este, antes de llevar á cabo su infame acusacion, se permitió decia á doña Juana que salvaria á Luciano, que el más profundo misterio ocultaria á los ojos del caudillo la desagradable escena de que habia sido teatro su palacio, siempre que de sus labios oyesse que correspondia á su amor y que estaba dispuesta á premiarle.

La contestacion de la esposa de Cortés estuvo á la altura de su dignidad.

—Confío en la Providencia, —dijo, —y abrigo la esperanza de que no me abandonará mientras permanezca fiel á mis deberes. Mi conciencia no me acusa en lo más mínimo, como tampoco á Luciano, y más ó menos tarde se ha de descubrir de parte de quien está la criminalidad.

Rebolledo, perdida toda esperanza respecto á hallar eco en el corazón de doña Juana, fué tan mise-

rable, tan villano, que apresuró el momento de su venganza.

—Señor, —dijo á Hernan Cortés; —por más que sienta causaros un disgusto, mi lealtad no me permite guardar silencio sobre los sucesos que durante vuestra ausencia han ocurrido aquí. Felizmente, sin embargo, he podido reprimir en un principio el atentado que con la mayor audacia se proponia llevar á cabo un hombre en quien habeis depositado toda vuestra confianza.

—¡Es posible que nunca me vea libre de traidores! —exclamó con doloroso acento Hernan Cortés.— Pronto, decidme el nombre de ese insensato y el plan que abriga.

—Su nombre es Luciano; respecto á sus intenciones, no me atrevo á decirlo.

—Lo exijo: hablad.

—Atentaba á vuestro honor, vilipendiándole en la persona de vuestra querida esposa.

—¡Vive el cielo que ese miserable ha de pagar con su existencia su criminal conducta! ¡Lo único que siento es que las leyes me prohiban tomar la venganza por mi mano!

El tribunal que habia de juzgar á Luciano se reunió inmediatamente.

Interrogado acerca de las causas que motivaron su presencia en la habitación de la esposa del caudillo, contestó que, cansado de vivir en las Indias, deseando regresar á España y careciendo de recursos para emprender la travesía, abrigó la idea de pene-

trar furtivamente en el palacio, aprovecharse de las alhajas y dinero que encontrase, y aprovechar la primera ocasion para darse á la vela; porque confiaba, con las muchas riquezas que reuniria, comprar la fidelidad del capitan de alguna carabela.

Como se vé, llevaba la generosidad hasta el punto de aparecer como un malhechor vulgar y despreciable antes de que la más ligera nube de sospecha, á su esposa, oscureciese la frente de Hernan Cortés.

Fué sentenciado á la pena de horca, y una vez en capilla, un fraile, el más anciano de los que habia en Méjico, fué el elegido por el jóven para que le prestase los auxilios espirituales.

La Providencia le inspiró aquella eleccion, que habia de librarle de la ignominiosa muerte á que fué sentenciado, devolviéndole al propio tiempo, no sólo la consideracion del caudillo, sino el inefable placer de abrazar al autor de sus dias.

—Hijo mio,—le dijo el venerable religioso,—pronto vais á pasar de esta vida efimera, fugaz, á otra duradera, eterna, en la que cada cual obtiene el premio ó el castigo que merece su conducta. Trabajo me cuesta creer el crimen que se os imputa; pero aun cuando el demonio os hubiese cegado hasta ese punto, una hora de sincero arrepentimiento os absolverá ante el tribunal supremo de Dios, y por lo tanto, poco puede importaros el fallo de los hombres. Decidme si quereis algun encargo para vuestros desgraciados padres, que desgracia y grande es ver perecer á

un hijo querido, en los mejores años de su vida, á manos del verdugo.

—Os agradezco vuestra cariñosa solicitud, pero no teneis que dar ese paso.

—¿Acaso han muerto los autores de vuestros dias?

—Lo ignoro,—añadió con tristeza.

La historia de mi nacimiento ha sido y es todavía para mi un misterio impenetrable.

Luciano le refirió cuanto le habia contado el sepulturero en cuya casa se erió, y al terminar su relacion exclamó ébrio de gozo el religioso:

—¡Oh! Hijo mio, la Providencia me ha colocado á tu lado. No morirás, espera.

Y sin darle tiempo á que se repusiera de aquella sorpresa, corrió á ver al caudillo.

—Señor,—le dijo,—vengo á suplicaros que suspendais la ejecucion de ese jóven.

—Es imposible, padre, por más que sienta no acceder á vuestros ruegos. Los fueros de la justicia son ante todo, y el crimen de ese desgraciado es de aquellos que no permiten atenuar la pena que le han impuesto los jueces que han dictado la sentencia.

—Ese jóven es inocente.

—Las declaraciones que ha dado prueban lo contrario.

—Repito que es inocente, y os convencereis si os hago una pregunta. ¿Creeis posible que quien lleva vuestra sangre en sus venas pueda cometer un crimen como el que se le imputa?

—¿Qué decís? ¿Será posible lo que oigo?—exclamó Hernan Cortés, aturdido ante aquella súbita revelación.

—Si, y tanto que si no revocais esa orden fratrícida, vais á perder á vuestro primer hijo, al que hubisteis en la virtuosa é infortunada doña Catalina.

Le refirió detalladamente todo lo que hemos dicho en otro lugar, y Hernan Cortés corrió á abrazar á su hijo.

Conmovedora fué aquella escena que padre é hijo celebraron.

—Yo siempre confiaba en la Virgen Santísima de los Dolores, que llevo siempre sobre mi pecho,—dijo Luciano, sacando un escapulario con la imagen de la madre del Redentor del mundo;—yo confiaba en que algun dia habia de encontrar á mi padre.

—¡Oh! Sí, yo reconozco en ese escapulario el que yo regalé á mi querida esposa doña Catalina cuando emprendí el viaje á estos lejanos países. Perdóname, compañera mia, por los sufrimientos que te ocasioné, y perdóname tú tambien, hijo mio, y pídemme aunque sea mi vida, si ella puede resarcirte de los tormentos, de las privaciones que has arrostrado hasta este momento, el más feliz de mi vida.

Cortés transmitió á su esposa el descubrimiento que acababa de hacer, y entonces la cariñosa doña Juana, despues de felicitarle, se horrorizó del espantoso crimen que hubieran llevado á cabo si Luciano no hubiese sido tan juicioso, ó mejor dicho, si hubiese sido sordo á los gritos de la sangre.



HERNAN CORTÉS.—¡Oh! Sí; yo reconozco en ese escapulario el que yo regalé á mi querida esposa doña Catalina.

Hizo ver á Cortés lo delicado de la conducta de Luciano en pasar por ladrón antes que poner en duda su fidelidad, y al propio tiempo probó que quien efectivamente habia querido seducirla habia sido el capitán don Antonio Rebolledo de Lara.

Se prendió á este, se le juzgó militarmente, y los procedimientos fueron tan breves, que en el momento de reunirse el populacho para presenciar la ejecución que iba á tener lugar aquel día en la plaza pública, oyó al pregonero que anunciaba que iba á ser ahorcado el ex-capitán Antonio Rebolledo de Lara por el delito de traición y calumnia.

El asombro de todos fué inmenso, y al pedir la explicación de aquel cambio de reos, supieron con satisfacción que Luciano era hijo del caudillo, y que jamás habia prescindido de los deberes que le imponía la naturaleza.

Tres días después de los sucesos que acabamos de referir, Luciano pedía permiso á su padre para regresar á España á hacer los estudios necesarios para la carrera eclesiástica.

Quería de este modo borrar de su imaginación el amor que habia despertado en su alma la esposa de su padre.

Evitar toda ocasión de recelo por parte del caudillo.

Mucho sintieron ambos esposos que se separase de ellos Luciano; pero no quisieron contrarestar su resolución.

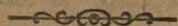
El jóven partió para España, llevando cartas de

recomendacion y otras muy importantes para el duque de Béjar y el conde de Aguilar.

Doña Juana, que sin duda para distraer su imaginacion y para acallar sus pasiones se habia quejado del abandono en que la habia tenido su esposo, halló indudablemente eco en el corazon de este.

Un año más tarde daba á luz un hermoso niño, al que ponian de nombre Martin, como un recuerdo cariñoso al autor de los dias del ilustre conquistador del imperio de Méjico.

La Providencia, que con los celos que habia hecho experimentar á Cortés le habia castigado de su inicua conducta con doña Catalina, teniendo en cuenta que habia difundido la religion cristiana en aquellos lejanos países, le proporcionaba reconocer á su primer hijoy le concedia otro para mayor ventura.



Capitulo XXXI.

Expedicion al Sur.

El sentimiento paternal lo absorbe todo.

El nacimiento de Martin hizo olvidar á Hernan Cortes sus ambiciosos proyectos, y se consagró exclusivamente á cuidar del tierno infante.

El presidente y oidores de la audiencia, que, como sabemos, le eran completamente hostiles, le recordaron las instrucciones que habia recibido del emperador, en virtud de las cuales debia descubrir tierras por la parte del Sur.

El plazo fijado para llevar á cabo la expedicion era el de un año, y faltaba poco para que espirase. Así es Hernan Cortés activó la construccion de dos naos que se estaban labrando en Acapulco.

En cuanto estuvieron terminadas, las armó muy bien de gente y artillería.

Las preveyó de vituallas y armas, y envió como